



Rosa, la revoltosa

Clara Bow



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II
N.º 56

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

ROUGH HOUSE ROSIE

ROSA, LA REVOLTOSA

Comedia americana interpretada por

CLARA BOW, DORIS HILL, REED HOWES,
ARTHUR HOULSMAN, DOUGLAS GILMORE etc

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Rosa, la revoltosa

Argumento de la película

Rosa a quien sus amigos llamaban por mal nombre "La Revoltosa" era la más linda y atractiva de cuantas "revoltosas" trabajaban en la fábrica de dulces.

Ruth era su compañera de cuarto y una muchacha también agraciada, pero no tanto como Rosa.

Una tarde de fiesta las dos amigas visitaron el parque de atracciones. Las acompañaba Pepín Mennessy, aspirante al campeonato de peso medio, un chico que sabía donde tenía la mano derecha en asuntos de boxeo. Estaba muy enamorado de Rosa.

Rosa subió sola a las montañas rusas, sentándose al lado de un joven desconocido. Este aprovechándose del vértigo y de la oscuridad, abrazó estrechamente a "La Revoltosa" quien indignada le propinó varios sober-

bios golpes hundiéndole el sombrero hasta las cejas.

Al bajar, Rosa le gritó enfurecida:

—¡Atrevido, grosero! ¡Otra vez se propasará usted con el conductor, amigo! ¿Qué se figuraba usted, niño?

Pepin quiso intervenir a favor de su enamorada pero Rosa y Ruth se lo impidieron, no queriendo que acabase mal la fiesta. Y para calmar el disgusto fueron a tomar unas pastas en un puesto ambulante.

Mientras saboreaban los dulces, acercóse Farrel, "El Nene", apoderado de Pepin, un sujeto a quien le parecía un abuso de confianza el descubrirse delante de una mujer.

Pepin que tenía terminantemente prohibido tomar nada fuera de las horas de comida ocultó el dulce, pero "El Nene" le dijo:

—De esto a chuparnos el dedo como los niños no hay más que un paso. ¡Bien, hombre! ¡Que aproveche!

Cogió por el brazo a Pepin y adelantando unos pasos le dijo en voz baja:

—Cuando un hombre quiere llegar a ser algo, tiene que dejar solas a las mujeres. ¡Créeme, Pepin, déjalas solas... que se fastidien!

—Ahora no puedo, debes hacerte cargo...

Las dos chicas miraban de reojo a "El Nene". ¡Si que les había fastidiado el encuentro!

Rosa que adivinaba los propósitos de "El Nene", dijo a su amiga:

—Conquista tú al apoderado mientras yo me

llevó a Pepín. Si no, vamos a quedarnos solas.

Y Ruth dirigiéndose a "El Nene" le dijo:

—Señor Farrell, Ruth se muere por que se lo presente. Me ha dicho que le parecía usted muy simpático.

"El Nene", hombre al fin, sonrió y fué a hablar con Ruth, quien roja como la grana le ofreció un dulce... Y el apoderado, a pesar de sus prevenciones, hincó diente en el pastel y como le pareciese bueno, sonrió a la muchacha con agradecimiento. Y emparejando con ella paseó por el parque.

Rosa y Pepín habían escapado, entretanto... Llegaron ante la tienda de un adivino y espoleados por la curiosidad entraron a que les predijese el porvenir.

El mago después de musitar unas oraciones entregó un papel escrito a Rosa. Era su "planeta". Rosa leyó entusiasmada:

La orquídea es su flor.

Guárdese de los diamantes que le serán fatales.

Pronto cambiará de posición social. Será una gran señora.

Será una bailarina famosa. Se casará con un gran hombre.

Rosa saltó de júbilo.

—¡Precisamente todo esto es mi sueño dorado! — dijo.

Pero Pepín, hombre más positivo, no quiso que le dijesen a él la buena ventura y salió de allí con Rosa.

Más tarde volvieron a encontrarse con Ruth y "El Nene" y las dos muchachas se despidieron de sus amigos hasta otro día.

Al llegar a casa, Rosa mostró a su compañera aquel papel del mago.

—¡Fíjate! ¡Seré una bailarina famosa! ¡Me casaré con un gran hombre!

—Déjate de tonterías... y no creas en tales paparruchas.

—¡Quién sabe, Ruth! ¡Yo creo mucho en el destino!

En días sucesivos no pudo Rosa quitarse de la cabeza la profecía. Y sugestionada, fué al encuentro del destino en la oficina del señor David, un empresario de cabaret.

Había ido con varias compañeras de trabajo, entre ellas Ruth, pero tuvo que guardar turno, pues esperaban muchas otras artistas en la antesala.

Ruth, desanimada, dijo:

—Hace dos horas que estamos aquí esperando, Rosa. Me parece que es inútil continuar perdiendo el tiempo.

—No quiero volver a la fábrica — dijo Rosa —. Veré a ese empresario aunque tenga que esperarle hasta el día del juicio.

Un muchacho les dijo que de parte del empresario volviesen otro día, pues hoy daba por terminadas las audiencias.

Rosa, sonriente, dijo entonces a sus amigas:

—Os aseguré que encontraría empleo para todas y dejaré de ser Rosa "La Revoltosa" o cumpliré mi promesa. Yo veré a ese hombre.

Tengo un plan... Tú, Ruth, te vas a desmayar ahora mismo y cuando vuelvas en si no te olvides de exclamar lo de siempre: ¡Ay, de mí! ¿Dónde estoy?

Y así lo hicieron. De pronto Ruth dió un espantoso grito y cayó al suelo. La rodearon las muchachas gritando también y era tal el escándalo que armaron que salió el empresario.



—¡Seré una bailarina famosa!

rio a ver lo que sucedía.

Hizo aspirar unas sales a la desvanecida que pareció retornar en sí y que dijo al despertar:

—¡Ay, de mí! ¿Dónde estoy?

—Dentro de un momento estará usted de patitas en la calle — le gritó el empresario, abriendo la puerta y ordenando a todas las muchachas que saliesen.

¡Oh, esas artistas y aficionadas al baile, le volvían loco! Pero, todas marcharon al fin y el empresario volvió a su despacho.

Allí le esperaba una sorpresa. Sentada en una butaca estaba Rosa que había logrado introducirse, aprovechando la confusión.

Quiso hacerla salir, pero fué imposible. Rosa, zalamera, insinuante, graciosa, insistía en sus propósitos al mismo tiempo que ponía una flor en el ojal del empresario.

—¿Tendrá usted inconveniente en vernos ejecutar a mí y a mis amigas el número especial de variétés? — dijo.

—¡No! ¡Tengo demasiados compromisos!

—Pues no me moveré de aquí hasta que usted dé su consentimiento.

El empresario, que no perdía tiempo, gritó con tal de ver a Rosa alejada de su oficina:

—Ejecuten ese número antes que yo las mande ejecutar a ustedes.

—Antes de ocho días nos tendrá usted aquí — dijo Rosa loca de alegría.

Y después de sonreírle de gracioso modo marchó a comunicar su triunfo. Ya en su casa dijo a Ruth:

—Se me ha ocurrido una excelente idea para un número de variedades. He conseguido que el empresario nos vea bailar... Ahora to-

do lo que nos hace falta es la ayuda de Pepín Mennessy.

Y fueron a hablarle y Pepín que no sabía negarle nada a Rosa, accedió a cuanto le pidieron. Les dió varias lecciones de boxeo.

Al cabo de ocho días el número de variedades estaba a punto de ser representado. Su título era "Miranos y verás salero".

Las muchachas capitaneadas por Rosa fueron al despacho del empresario quien las miró con enojo. ¿Qué iban a presentarle?

Las hermosas jóvenes quitándose los abrigos aparecieron con elegantes "maillots" y cubiertas las manos con guantes de boxeo comenzaron a iniciar un verdadero combate de este deporte, conforme a las instrucciones de Pepín.

—Señor David, si desea usted una atracción de veras para su cabaret, aquí la tiene usted. "Miranos y verás salero".

Y se movieron con una gracia tan exquisita que el empresario acabó por desarrugar el ceño y sonreír.

—¡No me parece mal el numerito... — dijo — y lo demás!... Firmaremos el contrato.

Y allí mismo se extendió el documento. ¡Demónio de chicas! ¡Había en ellas temple verdadero de artistas! Sonriente le dijo a Rosa:

—Me gusta su trabajo... Será usted una gran artista... Ganará mucho dinero. Y al numerito le llamaremos "Rosa la Revoltosa y compañeras revoltosas". ¿Le parece bien?

—Perfectamente! ¡Ahora a triunfar!...

Y todas salieron locas de júbilo por el éxito que les abría sus puertas. Y en el alma ansiosa de luz, de Rosa, surgían las palabras del mago:

—Será una bailarina famosa... Pronto cambiará su posición social.



—...si desea usted una atracción de veras para un cabaret, aquí la tiene usted...

—¡Ay, lo siento! —dijo el boxeador—. ¡Ay, lo siento! —dijo el boxeador—. ¡Ay, lo siento!



—¡Ay, lo siento! —dijo el boxeador—. ¡Ay, lo siento!

Debutaron con verdadero éxito. Rosa capitaneaba el grupo y en graciosos movimientos boxeaba venciendo a todas sus rivales... Y el cabaret se hundía bajo los aplausos.

Pepin se arrepentía ahora de haber contribuido al numerito. Así, entre bastidores, después de la representación, le dijo cierta noche a Rosa:

—¡Me gusta que triunfes de ese modo... pero me gustaría más que luchases conmigo... en *nuestra casa*!

Ella se echó a reir... Pepin le era simpático... le quería a su modo... pero...

—¡No digas tonterías, Pepin! — le dijo tirándole del cabello—. ¿Qué diría “El Nene” si te casases conmigo?

“El Nene” acababa de llegar y contemplaba a los dos jóvenes. Llamando aparte a Pepin le dijo:

—Conque de cabaret y francachela, ¿eh? El día que te enfrentes con Jackson “El Marino” te acordarás de mis consejos.

—¡No piensas mal, “Nene”! Desde mañana me entrenaré a conciencia. Pero déjame esta noche para mí.

—Sea... pero en lo sucesivo tienes que obe-

decerme en todo. Veo mal tus aspiraciones de campeón.

Pepin volvió al lado de Rosa.

—Vamos a celebrar tus triunfos, Rosa... “El Nene” me da permiso para estar contigo más horas, si mañana comienzo a entrenar-



...boxeaba venciendo a todas sus rivales.

me de firme.

—Lo siento mucho, Pepin — respondió ella.

—Pero es el caso que tengo compromiso con el señor Kay...

—¿El señor Kay? — dijo el boxeador, extrañado.

—Es una persona muy distinguida a quien acaban de presentarme. Tú sabes, Pepín, que para triunfar conviene mucho que me relacione con gente distinguida.

—Cuando yo haya vencido a Jackson "El Marino", con el dinero que me darán, tú y yo nos codearemos con lo más distinguido de Nueva York.

—¡No es cuestión de dinero, Pepín! ¡Es que toda mi vida he deseado ser una gran señora!...

—Para mí eres la más grande señora del mundo.

—¡Vamos, no te enfades! Y déjame vivir mi vida.

Y alejóse al ver aparecer a un elegante caballero vestido de etiqueta que la saludaba. Rosa fué a su encuentro...

Se trataba del señor Kay, un caballero misterioso que al verla le entregó un ramo de orquídeas, (Orquídeas, la flor del mago!) y además un broche de diamantes para ajustar el ramo en el vestido.

Prendióse el ramo con el broche y agradeció a Kay aquel delicado obsequio. ¡Qué hombre tan galante y cortés!

Salió del brazo de Kay mientras Pepín con ojos melancólicos la veía desaparecer. "El Nene" le dijo tocándole un brazo:

—¡No pienses más en ella! Las mujeres nos

apartan de las cosas serias y positivas. Para ti no hay otra amiga que el boxeo...

Pepín hizo un movimiento de hombros. ¡El



—¿Qué diría "El Nene" si te casases conmigo?

boxeo... la gloria! ¿Qué eran esos nombres si estaba perdiendo a su Rosa?

Rosa y Kay subieron a un automóvil. En aquel momento un agente de policía se echó

sobre ellos, pero Kay logró huir aprovechándose de la oscuridad.

Rosa enfurecida por aquel acto para ella incomprensible, se rebeló contra la detención, mas el agente cogiéndola con energía la dijo:

—¡Su amigo se escapó, pero usted irá a la cárcel! ¡Ah, pillos! Se viste bien, ¿eh? Y ese broche ¿de dónde lo ha sacado usted?

—Me lo ha regalado el señor Kay...

—El señor Kay, ¿eh? Ya se lo dirá usted al comisario.

Y con ayuda de otro guardia la metió en un coche. Rosa protestaba, queriendo lanzarse por las ventanas. ¿Por qué la detenían? ¿Qué daño había ella cometido?

Y es que ignoraba la ingenua que Kay era un ladrón de frac a quien la policía perseguía por robo de unas joyas. Y naturalmente al verle salir con Rosa tomaron a ésta como su cómplice.

**

A la siguiente mañana, Pepin se entrenaba en el Club con otros boxeadores. "El Nene", disgustado, le dijo:

—¡Por Dios, Pepin, pareces manco! ¿Te has creído que las manos sólo sirven para rasgarse?

Pepin no tenía ánimos, había perdido el op-

timismo. Se daba cuenta de que Rosa iba por un camino tortuoso. ¡Y él que había cifrado tantas esperanzas en una próxima unión!

Apareció Ruth. Con grandes muestras de agitación, dijo:

—¡Rosa está en la cárcel! ¡Tenemos que buscar dinero donde lo haya para sacarla con fianza!

—¿Rosa en la cárcel? ¡Dios! ¿Qué habrá ocurrido? ¡Sí... si... hay que libertarla en seguida!

Y con noble generosidad, Pepin y Ruth fueron a la busca del dinero necesario.

Entretanto el agente conducía a Rosa desde el calabozo al despacho del jefe superior de policía.

La cogió por un brazo haciéndola sentar ante el jefe. Rosa, que no había perdido la serenidad ante la inesperada aventura, protestó:

—Haga usted el favor de no tocarme. ¿Se ha creído que porque he pasado la noche en la cárcel tiene derecho a manosearme como si estuviéramos en las montañas rusas?

En el despacho estaba también un joven de apuesto porte que miraba sonriente a Rosa. Esta sonrió también al desconocido. ¡Interesante muchacho! ¡Era la única cara amable que había visto allí!

—La obligaremos a confesar. Empleemos con ella el procedimiento de "sube y baja" que no falla y verá como lo canta todo...

El jefe mirando a Rosa le dijo:

—¡Levántese!

Rosa se puso de pie.

—¡Siéntese! — le ordenó el agente.

—¡Levántese! — dijo el jefe.

—¡Siéntese! — replicó el otro.

—¡Levántese!

—¡Siéntese!

Y la pobre muchacha iba obedeciendo aquellas voces contradictorias hasta que con la cabeza dándole vueltas, se sentó y dijo:

—Díganme de una vez si tengo que estar sentada o en pie! ¿Se han creído ustedes que soy un ascensor humano?

—Permanezca sentada y responda — dijo el jefe—. ¿Es Rosa O'Reilly su verdadero nombre?

—Mi verdadero nombre es "La Revoltosa"... para que usted se entere — contestó con desparpajo.

—Conque "La Revoltosa", ¿eh? ¡Bonito mote! Y diga, ¿dónde consiguió usted este broche de diamantes?

Y le mostró la joya que la noche última el agente le había quitado al llegar a la cárcel.

—Me lo prestaron — dijo Rosa—. Puede usted quedarse con él si quiere. Los diamantes me traen mala suerte.

Recordó otra vez al mago...

—¡Lo creo! — dijo el jefe.

El joven de frac miraba sonriente a la "ladrona"... ¡Simpática mujer!

El jefe continuó:

—El broche es de este caballero... el señor

Arturo Russell, en cuyo domicilio se introdujo usted la noche del...

—¿Por qué me llama usted ladrona? — dijo, enfurecida—. Yo soy una señorita decente. ¡Yo no he hecho daño a nadie, señor!

Y miró a Russell como si le pidiese protección.

—¡Déjese de tonterías y diga la verdad, que saldrá ganando con ello! — exclamó el agente.

—Pero, ¿qué estoy diciendo sino la verdad?

El señor Russell avanzó hacia el jefe.

—Me parece que esta señorita... — dijo, y se interrumpió para envolverla en una mirada cariñosa—. Me parece que esta jovencita dice la verdad... y en vista de ello, retiro la acusación.

Rosa le miró con gratitud...

Entraron en el despacho unos policías trayendo preso a Kay. Acababan de detenerle y le habían encontrado en los bolsillos varias joyas que pertenecían al señor Russell.

Rosa miró sorprendida a Kay y le señaló las esposas. ¡Si que era persona recomendable!

Kay no parecía muy disgustado por haberle detenido. Era un profesional del robo. Tenía la tranquilidad de la costumbre.

—Veamos — dijo el jefe a Kay—. ¿Tiene algo que ver esta jovencita con el robo de joyas de casa del señor Russell?

Kay tuvo un gesto de nobleza.

—¡Nada absolutamente! — contestó—. Cuando yo trabajo lo hago solo.

Rosa sonrió agradecida. Y el jefe de policía añadió:

—Bueno, señorita "Revoltosa", en este caso está usted libre...

Russell se acercó a la bailarina:

—Tengo mi *auto* en la puerta — le dijo—. ¿Me permite usted que la acompañe a su casa? Desearía pedirle perdón por las molestias que ha experimentado, sin yo quererlo, por mi culpa.

Rosa, que era una gran ingenua, aceptó, seducida por el porte exterior y la magnífica corrección del caballero... ¡Este sí que era un



...miró sorprendida a Kay y le señaló las esposas.

verdadero señor! ¡Qué orgullo presentarse con él!

Y apenas había marchado con Russell, llegaban a la cárcel Pepín y Ruth que habían conseguido el dinero necesario.

—No hace falta la fianza — les contestaron—. La acusación contra Rosa O'Rally ha sido retirada.

Ruth y el boxeador se miraron alegremente. ¡Gracias a Dios que se había aclarado aquello!

**

Rosa "La Revoltosa" continuó frecuentando el trato con Russell. Y merced a la amistad que este joven le demostraba de continuo, se introdujo en ciertos sectores de la alta sociedad.

Era el sueño dorado de Rosa... vivir en el gran mundo... Y en uno de los principales clubs Rosa acompañada siempre por Russell se hacia la ilusión de que había nacido en cuna de oro.

Una tarde después de haber jugado un partido de pelota en el lago del club, Rosa y su amigo se sentaron a una de las mesas de la terraza. En otro sitio cercano una hermosa joven acompañada de su madre lanzaba furiosas miradas a Rosa.

—¡Cuando estaba a punto de hacerme mío a Russell se presenta ésa y me lo quita! — dijo.

La joven se equivocaba, sin embargo. Russell no había hablado para nada de amor con Rosa... Tal vez lo hiciese más adelante. Ahora se limitaba a deslumbrarla con aquella vida de lujo. Quizás en ciertos casos es mejor empezar por ahí, especialmente cuando se trata con ingenuas como Rosa...

Un camarero acercóse a Russell entregándole una carta. Era una invitación para una fiesta. Rosa leyó el sobre y se fijó en el membrete.

—¿Qué quiere decir ese sello de *Noblesse oblige*? — le preguntó.

—Esto es una divisa heráldica y quiere decir que un caballero o una dama deben vivir por el honor y morir por él.

—¡Qué hermoso!

—Es el escudo principesco de la princesa Sipolska. Si gusta, le haremos una visita cualquier noche de estas...

—Yo en casa de una princesa... con damas y caballeros *auténticos*? ¡No he llegado tan lejos en mis sueños!

—Vamos a ir... verá usted de más cerca aún el gran mundo...

—¡Iré... pero con miedo! ¡Es usted tan bondadoso conmigo, Russell!

Y mientras Rosa se deslizaba por la vida elegante, iba acercándose rápidamente el día de la lucha de Pepín con "El Marino", actual campeón. Pepín se entrenaba con verdadero

empeño... pero no con los puños... sino leyendo.

El desdén de Rosa le tenía preocupado. Comprendiendo que la muchacha sólo amaría a un caballero distinguido, había adquirido un manual para saber comportarse en sociedad, deseando aparecer ante Rosa como uno de aquellos soñados muñecos de salón.

Un día le sorprendió en la lectura "El Nene", su entrenador y apoderado.

—¡Te volverás loco!... ¡Todo eso lo lees por esa mujer!

—¿Qué quieras? — dijo Pepín, desesperado—. Estoy perdiendo a Rosa porque soy un ordinariote. Pero como la amo y no me conformo con perderla, trataré de ser un caballero aunque me duela el serlo.

—No serás nunca un caballero por más que te empeñes. Lo que tú debes hacer es enternarte de firme si no quieras que el viernes "El Marino" te dé una paliza que te dolerá.

—Pero, ¿y Rosa?

—Acaba de una vez con ella! ¡Trátala a palos como si fueses un hombre de las cavernas! ¡Te lo digo yo que conozco a las mujeres!

—Tal vez tengas razón. ¡Hay que ser duro, brutal! ¡Es la única manera!

Poco después se dirigió a casa de Rosa. Sólo estaba allí Ruth, y aguardó a que llegara su amiga.

Rosa acababa de despedirse de Russell que

la había acompañado en automóvil hasta su casa.

—No olvide que el viernes por la noche es el día de la fiesta en casa de la Princesa Sipolska.

Rosa se acordó que el viernes era la fecha señalada para la lucha de Pepín.

—Tengo compromiso para ese día y me es imposible faltar a él — respondió.

—Me gustaría mucho que fuese a la fiesta — insistió Russell. Espero que me lo hará saber si se decide.

—¡No sé... no sé!...

Rosa subió a su casa. Por una parte deseaba concurrir a la fiesta, mas por otra, ¿qué iba a decir Pepín si no iba a aquella lucha decisiva para su porvenir?

Se sorprendió al encontrar en su casa a Pepín. El joven, sonriente, le entregó una localidad.

—Te regalo un asiento de ring para la lucha del viernes. Está junto a mi esquina.

Rosa volvió a sentirse inquieta. Comparó en aquel instante a Pepín, sencillo y vulgar, con Russell aristócrata y gentil.

—No sé si podré — dijo. — El señor Russell me ha invitado a una fiesta que da una princesa.

—¡Vamos! — protestó Pepín. — ¿Has olvidado ya que Kay resultó un pillo redomado? A ver si habrá una repetición con ese Russell...

—El señor Russell es un caballero con mu-

cha noblesse oblige — protestó Rosa.

—Dejémonos de damas y caballeros de sociedad y seamos lo que somos. Vente conmigo, Rosa.

—¡Pues no! — respondió terca.

—¡Vendrás! ¡Y te casarás conmigo mal que te pese!...

Y Pepín acordándose de las instrucciones de "El Nene" sobre aquello del hombre de las cavernas, zarandó brutalmente a Rosa y pretendió besarla ante el espanto de Ruth y la indignación de Rosa.

Pero Rosa tenía mucha fuerza en los puños. Y de un bien acertado golpe en la nariz hizo rodar por el suelo a Pepín quien perdió el sentido por unos minutos.

Horrorizada por lo que había hecho, Rosa acudió en su auxilio y cuando volvió en sí, le dijo:

—¡Perdóname, Pepín!...

Pepín mirándola duramente contestó:

—Si con esa caricia me echas por el suelo sin sentido, ¿qué será el viernes si de aquí a entonces no me entreno como Dios manda? ¡He comprendido, Rosa! No quiero más tratos contigo. Desde que te metiste en la cabeza la manía de ser una dama de sociedad, estás desconocida.

El orgullo hizo responder a Rosa:

—¡Bueno, hemos concluido! El viernes iré a la fiesta en casa de la princesa Sipolska.

Pepín salió desalentado.

Llegó la noche del viernes... Pepin en su cuarto recibía el fuerte masaje que le propinaba "El Nene".

El boxeador estaba triste. ¡Había llevado tanto tiempo a Rosa en el corazón! ¿Para qué luchar ahora si ella no le quería? ¿Para qué?

—Yo esperaba que Rosa me mandaría algún recado — dijo a "El Nene".

Este no le respondió y Pepin dijo:

—He perdido a Rosa por tu culpa. Puse en práctica aquello del hombre de las cavernas que tú me aconsejaste, y me he fastidiado.

—No te apenes, que ella vendrá. No creo que haya devuelto aún el asiento de ring que tú le diste.

—Si ella viene, puedes decir que he ganado la lucha, "Nene".

Allá en el cabaret, Rosa se preparaba para marchar a la fiesta de la princesa. No podía tardar Russell en ir a buscarla.

—Me han dicho que saldrías temprano para ir a la fiesta en casa de la princesa Sipolska — dijo Ruth.

—Si... he pedido permiso... voy a marcharme.

—¿Quién habría sido capaz de adivinar hace tiempo que tú, Rosa "La Revoltosa", te co-

dearias con príncipes y *principesas*? — dijo otra muchacha.

Rosa sonrió.

—Yo no nací en un palacio de la Quinta Avenida porque al venir al mundo me equivoqué de calle.

—Me parece que te divertirías más con nosotros que con esos príncipes y lacayos — agregó Ruth. — ¡Ten cuidado, Rosa, de no enseñar el cobre!

—Vosotras sois unas ignorantes. ¡Qué sabéis vosotras de damas y caballeros de la alta sociedad y de *noblesse oblige*!

—¿Y esto qué es?

—Esto en francés quiere decir: vivirás con honor y morirás por el honor.

Russell llegó en aquel instante. Y Rosa, confiada y orgullosa, se marchó con él, mientras sus compañeras comentaban a su manera la conducta de la joven. Algunas la envidiaban... otras la compadecían.

La princesa Sipolska había llegado a América procedente de un país remoto cuyo nombre nadie se había tomado la molestia de averiguar... Y en sus salones se reunía mucha aristocracia... pero una aristocracia de baja moral que bajo sus títulos ocultaba su podredumbre.

Rosa, del brazo de Russell, llegó a aquellos salones regiamente alfombrados.

—¡Esto es como lo que uno lee en las novelas de príncipes y marqueses! — dijo.

Russell la presentó a la dueña de la casa.

La princesa la recibió con gran afecto.

—De modo que esta es la jovencita de quien me hablaste? ¡Bonita mujer!

—¡Oh, gracias, señora!

—Llegaste tarde, Russell — siguió diciendo la princesa—. Es posible que te toque algún beso pero no cocktail.

—¿Qué quieren decir? — preguntó Rosa, extrañada.

—¡Pobre niña! — dijo la princesa—. Aquí es costumbre escoger la pareja que más le guste a cada una excepción del caballero con quien vino...

Rosa estaba asombrada. Russell acababa de reunirse con una dama de traje provocativo, y otro caballero acercándose a Rosa se brindó para ser su acompañante.

Aquella muchacha que creía que en aquel palacio se rendía culto a la más extraordinaria corrección, quedóse de piedra al pasear por los salones. Por todas partes gentes que bebían, parejas que mientras bailaban tenían los labios juntos, otras que sentadas alternaban el champaña con largos besos...

—Yo me imaginaba que aquí me hallaría en mi centro — dijo al joven que la acompañaba — pero ahora veo que de la Quinta Avenida a la Décima no hay más que un paso.

—Los cursis de la Décima Avenida hacen lo posible por imitarnos a *nosotros* de la Quinta.

Se sentaron. Bebieron champaña. Y Rosa tuvo que rechazar varias veces los intentos de

aproximación de su compañero. ¡No, no! Ella no era lo que se habían pensado.

Con la mirada pidió protección a Russell, pero éste tenía demasiado trabajo riendo con unas "señoras". ¡Dios mío! ¿dónde había caído? ¡Qué horror!

El joven, que le había confesado era casado, quiso besarla pero Rosa indignada acercóse a Russell para solicitar su auxilio.

—¡Este niño gótico se propasa! — dijo—. ¡Y me ha confesado que es casado!

—¿Qué importa esto? — dijo Russell riendo con cinismo—. ¡Mire a su mujer!

Y señaló a una joven que en un rincón ofrecía sus labios a un caballero.

—A esto no hemos llegado todavía *nosotros* de la Décima Avenida — dijo Rosa.

Y mientras ella se llevaba aquel desengaño, rodeada de gentes poco escrupulosas y cinicas, comenzaba la lucha para el campeonato de peso medio.

Aseguraba la empresa que jamás el local se había visto tan lleno de aficionados, pero para Pepín, sin Rosa, estaba completamente vacío.

Y mientras se preparaba para luchar en el ring, miraba el asiento vacío que él había reservado para Rosa.

—En aquel asiento no hay nadie que pueda molestarte — le dijo "El Nene"—. El que tiene que preocuparte es "El Marino".

El *speaker* anunció qué iba a comenzar el

combate y al toque de gongo ambos púgiles se lanzaron uno contra otro.

Pero pronto inicióse una superioridad de "El Marino". Se veía a Pepín desalentado... ¡Ay, Rosa!

Los dos primeros rounds fueron de neta ventaja para "El Marino"...

Allá en casa de la princesa unos aficionados se acercaron al aparato de radio que transmitía las incidencias del combate. Rosa se acercó también allí y el recuerdo de Pepín llegó doloroso a su corazón.

—Ha terminado el segundo round — dijo uno de los invitados—. ¡A Pepín lo han tumbado de espaldas tantas veces que va a salirle joroba!...

—Por cierto que yo tengo un palco — dijo un joven—. ¿Quién quiere ir a ver la lucha?

—¡Yo... yo!.. — exclamó Rosa que se arrepentía de no haber estado desde el primer momento cerca de Pepín.

Con Rosa marcharon varios muchachos con Russell y unas mujeres. Llegaron al local. Habían transcurrido ya siete rounds que acusaban neta ventaja de "El Marino".

Rosa y sus acompañantes ocuparon un palco... Rosa temblaba y tenía que contenerse las lágrimas al ver a Pepín que se tambaleaba en las cuerdas, ensangrentado y casi vencido.

La superioridad de "El Marino" era tan enorme que nadie ponía en duda su triunfo.

—¡Qué lata! — dijo uno de los compañeros

de Rosa—. ¡Si esto sigue así nos quedaremos sin público!

—¿Qué te parece Pepín? — dijo otro—. ¡Tanta propaganda... y al fin se ha vendido... el muy sinvergüenza!

Rosa lloraba. ¡Oh, aquellos palabras! ¡Pobre Pepín! Era ella, ella quien tenía la culpa de que el joven no diese su rendimiento. ¡Le había disgustado tanto!...

"El Marino" seguía imponiéndose derribando varias veces a Pepín que estuvo a punto de ser puesto k. o.

—¡Algún dinero le habrán dado a Pepín para que se deje vencer! — dijo Russell—. ¡Esos tipos son capaces de venderse el alma por unos céntimos!

Rosa ya no pudo contenerse más. Volviéndose a él, y a los demás invitados, les dijo:

—Pepin es un perfecto caballero. Tiene más *noblesse oblige* él en el dedo meñique que vosotros en todo el cuerpo.

—¿Conque es usted la amiga de Pepin? — dijo una de las mujeres—. ¡Bah! lo que yo digo, Dios los cría y el diablo los junta.

—¡Si, soy la amiga de Pepin y a mucha honra! Y si hoy no vence, la culpa es mía, pero esperen, que aun no ha concluido la lucha...

Y levantándose buscó en el monedero el asiento de ring y fué a acomodarse en él.

Cerca de las cuerdas le gritó a Pepin, que apenas podía tenerse en pie.

—¡Valor, Pepin mío, que aquí estoy yo!

El joven la vió entre el velo de sangre de sus ojos y una inmensa alegría se apoderó de él. Se detuvo unos momentos para contemplar a Rosa, su ídolo, y "El Marino" aprovechó aquel descuido para atizarle un puñetazo formidable que le derribó en tierra salvándose del k. o. por haber terminado el round.

"El Nene" se daba a todos los demonios y al ver a Rosa le dijo:

—Si tiene usted que importunar a alguien, ¿por qué no importuna a "El Marino"?

—"El Marino"? ¡Oh, es verdad!

Hadía comenzado el último round. Y Rosa, llevada de repentina inspiración, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Qué guapo estás, "Marinerito"!

El boxeador se volvió al escuchar el piropo y sonrió viendo que lo decía tan hermosa mujer.

Y aquel momento de descuido lo aprovechó a su vez Pepín para descerrajarse tan terrible golpe que "El Marino" cayó como un saco... Se contaron los diez segundos, y no se levantó...

Y Pepín fué proclamado vencedor por k. o. Cundió el entusiasmo... "El Nene" estaba loco de alegría. Algunos aficionados llevaron en hombros al triunfador.

Y Rosa se acercó a Pepín para decirle entre lágrimas:

—¡Pepín! ¡Te felicito!

—¡Rosa! — le dijo él, emocionado. — ¡Eres una mujercita honesta, valiente y buena como

no he conocido otra! Confieso que me equivoqué respecto de ti y te ofrezco mi amor honrado y leal. Tu presencia me ha dado ánimos para vencer a última hora...

—¡Y además, los guiños de ella! — dijo "El Nene". — Venga esa mano, Rosa... ¡Es usted una gran mujer!

Rosa reía alegremente. Ahora iba conociendo que amaba a Pepín. Su vida era esta, hallarse con él, no escalar posiciones ni mundos de otra clase.

Y aquella noche, al marchar a casa, Pepín dijo a Rosa:

—Ahora que he triunfado. ¿quieres ser la mujer del campeón?

Rosa le respondió besándole los labios:

—Sí quiero, Pepín! El adivino acertó cuando dijo que me casaría con un gran hombre...

F I N

(4709) 14-1-1927

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID

[B.]

